

llecío Aurelio de muerte natural en Cangas, en 774, despues de seis años de pacífico reinado.

También esta vez fué postergado el hijo de Fruela, y dióse la soberanía del reino á un noble llamado Silo, por hallarse casado con Adosinda, hija de Alfonso I. Fijó Silo su residencia en Pravia, pequeña villa situada á la izquierda del Nalon despues de su confluencia con el Narcea. Príncipe también oscuro, solo se sabe de él que debió á la influencia de su madre la paz en que vivió con los árabes (1), sin que de esto nos hagan mas revelaciones las crónicas, y que sujetó y redujo á la obediencia á los gallegos que otra vez habian vuelto á sublevarse, batiéndolos en el monte Ciperio, hoy Cebrero. Viéndose sin sucesión, trajo á su lado, á persuasión de la reina Adosinda, y dió participacion en el gobierno del palacio y del reino á su sobrino Alfonso, que desde la muerte de su padre se hallaba retirado en Galicia en el monasterio de Samos. Murió Silo en Pravia al año noveno de su reinado (783).

A la muerte de Silo la reina viuda Adosinda, en union con los grandes del palacio, hizo proclamar rey á su sobrino Alfonso. Mas como todavía muchos nobles guardaran encono á la memoria de su padre Fruela, hácia quien parecian conservar un odio inextinguible, concertáronse para anular la eleccion de Adosinda y sus parciales y proclamaron á su vez á Mauregato. Era este Mauregato hijo bastardo del primer Alfonso, á quien habia tenido de una esclava mora de aquellas que él en sus exeursiones habia llevado á Asturias. Hay quien añade que puesto Mauregato á la cabeza de los descontentos reclamó el auxilio del emir de Córdoba Abderrahman, el cual le acudió con un ejército musulman para ayudarle á derribar del trono á su sobrino, y que á esto debió apoderarse del reino (2). Sobre no estar justificado este llamamiento á los árabes, bastaba el recelo de los que habian tenido parte en la muerte de Fruela para que vieran de mal ojo el poder real en manos de su hijo, cuya venganza temian, y para que ayudaran con todas sus fuerzas á Mauregato á arrebatarle el cetro. Lográronlo al fin, y Alfonso se vió obligado á buscar un asilo en el país de Alava, entre los parientes de su madre. De esta manera conquistó Mauregato el trono de Asturias que ocupó por seis años, sin que del bastardo príncipe hubiera quedado á la posteridad otra memoria que la de su nombre, á no haberle dado cierta celebridad las fábulas con que en tiempos posteriores exornaron algunos su reinado. En la historia religiosa de España se hace mencion de la herejía que en aquel tiempo difundieron los dos obispos de Urgel y Toledo, Félix y Elipando, cuya doctrina era una especie de nestorianismo disfrazado, contra la cual escribieron luego algunos monjes y otros obispos españoles, y fué anatematizada en los concilios de Narbona y Franefort, celebrados por Carlo-Magno (3).

Todavía despues de la muerte de Mauregato (789), fué por cuarta vez desairado y desatendido el poco afortunado Alfonso. Temerosos siempre los nobles (que ya comenzaban á recobrar aquella antigua influencia que habian ejercido en tiempo de los godos) de que siendo rey quisiera tomar satisfaccion,

cargado de hacerlo antes que nosotros, y lo que sentimos es tener que hacer mencion todavía de tan desacreditadas tradiciones, y no lo haríamos á no hallarlas estampadas en la historia de España que mas popularidad ha alcanzado entre nosotros. Véase sobre esto á Ambrosio de Morales, á Mondejar, Florez, Ferreras, Masdeu, y á todos los modernos, incluso los extranjeros.

(1) *Ob matris causam.... pacem habuit*, dice el Cronicon Albeldense.

(2) A este es á quien han atribuido los mas el vergonzoso tributo de las cien doncellas, á cuyo precio, dicen, compró el auxilio de Abderrahman. El buen Mariana, sin tener presente que en el e. 6. lib. VIII, habia aplicado lo del infame tributo al rey Aurelio, no vaciló en aplicárselo también en el cap. 7 á Mauregato, diciendo: «Hizo recurso á los moros pidiéndoles le auxiliasen, y alcanzólo con asentar de darles cada un año por parias cincuenta doncellas nobles y otras tantas del pueblo.» Sobre lo cual le dice su anotador Sabau: «No consta por ningun documento auténtico, ni por ningun escritor de aquellos tiempos que este príncipe pidiese socorro á los moros, ni que hiciese el concierto vergonzoso de darles las cien doncellas: y así debe reputarse por una fábula inventada para denigrar la fama de nuestros reyes, y recibida y propagada inconsideradamente por nuestros historiadores. Por nuestra parte nada tenemos que añadir á lo que arriba dejamos dicho.

(3) Florez, Esp. Sagrad. tom. V.

no ya solo de la muerte de su padre, sino también de los repetidos desaires que en cada vacante le habian hecho, no hallando otra persona de sangre real en quien depositar el cetro, diéronsele á Veremundo ó Bermudo, hermano de Aurelio, sin reparar en que fuese diácono, traspasando así por primera vez en este punto las leyes góticas que inhabilitaban para el ejercicio del poder real á los que hubiesen recibido la tonsura. Bermudo, aunque diácono, estaba casado con Numila, de quien tuvo dos hijos, Ramiro y García; que el precepto del celibatismo impuesto por Fruela á los clérigos, ó no alcanzaba á los diáconos, sino solo á los sacerdotes, ó no habia tenido la mas rigurosa observancia. Era Bermudo hombre generoso y magnánimo, y mas ilustrado de lo que la indole de aquellos tiempos comunmente permitia. Por lo mismo, conociendo las altas prendas de aquel Alfonso tantas veces excluido, le llamó luego cerca de sí, y le confió el mando de las milicias cristianas, que era como predestinarle al trono, dando también de este modo ocasion á que conociéndole los grandes fueran deponiendo los recelos y prevenciones que contra él tenían. Y como nunca se hubiera olvidado de sus deberes de diácono, y pensara mas, como dice la crónica, en ganar el reino del cielo que en conservar el reino de la tierra, concluyó por resignar espontáneamente el cetro en manos de Alfonso, retirándose á cumplir con las obligaciones del orden sagrado de que se hallaba investido (791). Conocida ya por los grandes las condiciones apacibles y las altas cualidades de aquel Alfonso que tanto habian repugnado y temido, determináronse á reconocerle por rey, posesionándose de esta manera del supremo poder un príncipe que tantas contrariedades habia experimentado. Bermudo vivió todavía lo bastante para gozar en su retiro y en medio de su abnegacion el placer de ver realizadas las esperanzas que de su sucesor habia concebido, manteniendo con él las relaciones mas afectuosas (4).

Falta hacia al pobre reino de Asturias, despues de tantos monarcas ó indolentes ó flojos (pues apenas alguno desde Fruela habia sacado la espada contra los sarracenos) un príncipe enérgico y vigoroso que le sacara de aquel estado de vergonzosa apatía, é hiciera respetar otra vez á los infieles las armas cristianas como en tiempo de Pelayo y de Alfonso el Católico. Mas por lo mismo que va á tomar nuevo aspecto la monarquía cristiana bajo el robusto brazo del segundo Alfonso, fuerza nos es hacer una pausa para dar cuenta de los importantes sucesos que en otros puntos de nuestra España habian durante estos reinados acaecido.

## CAPITULO VI

### Roncesvalles.—Fin de Abderrahman I

DE 774 Á 788

Educacion de los hijos de Abderrahman.—Defecion del walí de Zaragoza Ibmalarabi.—Pide auxilio á Carlo-Magno contra el emir.—Venida de Carlo-Magno con grande ejército á España.—Llega á las murallas de Zaragoza.—Se retira.—Célebre derrota del ejército de Carlo-Magno en Roncesvalles.—Canto de guerra de los vascos.—Nuevos disturbios en Zaragoza.—Sométela el emir.—Alzan otra vez bandera de rebelion los hijos de Yussuf.—Notable fin que tuvieron.—Paz.—Da principio Abderrahman á la construccion de la gran mezquita de Córdoba.—Nombra sucesor á su hijo Hixem, y muere.

Dejamos á Abderrahman en Córdoba en 774, vencidas las facciones de los Abassidas y Fehriés, gozando, si no de paz, por lo menos de un respiro que desde su arribo á España no habia podido obtener. Ibase afianzando el poder de los Omíadas en el centro y Mediodía de España. Los hijos del emir desempeñaban ya cargos públicos importantes. El mayor, Suleiman, era walí de Toledo; el segundo, Abdallah, lo era de Mérida. El tercero, Hixem, el predilecto de su padre, el que destinaba para sucesor suyo, vivia en su compañía recibiendo la mas esmerada educacion, asistiendo á las asambleas de los cañdes de la aljama y al mextuar ó consejo de Estado, é instruyéndose en las artes y en las ciencias, de que hacian los árabes

(4) Chron. Albeld. 57.—Sebast. Salmant. 20 21. Florez, tom. 37.

alta estima: añaden los escritores que él mismo leia en las academias elegantes versos en elogio de su padre.

Mas al tiempo que reinaba esta calma por la parte del Mediodía, nublábase el horizonte por Oriente, y preparábase por el Norte estruendosa tempestad. Las indóviles tribus berberiscas que tenian su principal asiento en la parte oriental y septentrional de la Península, las mas apartadas del centro del imperio, en sus perpetuos odios de raza no cesaban de conspirar contra el emirato, alimentando siempre la esperanza de la emancipacion. Ya un personaje llamado Hussein el Abdari, walí que habia sido de Zaragoza, habia fraguado en esta ciudad una conspiracion, que el walí Abdelmelek, el bravo Marsilio, habia acertado á conjurar, apoderándose bruscamente de Hussein y haciéndole decapitar instantáneamente, dejando con esto por entonces la ciudad consternada y tranquila. Mas estos no eran sino síntomas de otras mas terribles borrascas. El gérmen del descontento minaba sordamente aquel país; silencio y misterio envuelven el período que siguió á aquel amago de revolucion, y las crónicas no nos dicen ni lo que pasó despues en Zaragoza, ni lo que fué del valeroso Marsilio, ni quién le reemplazó en el gobierno de la provincia. Sábeselo solo que en 777 se hallaba de walí de Zaragoza Suleiman ben Alarabi, que lo habia sido de Barcelona por Abderrahman y conducídose allí con la mayor fidelidad al emir. Pero el fiel servidor de Abderrahman en Barcelona dejó de serlo en Zaragoza. Acaso el verse al frente de una ciudad tan importante y en que dominaba el espíritu y abundaban los elementos de hostilidad hácia la familia de los Omeyas le sugirió el pensamiento de alzarse en emir independiente de la España Oriental. Fuese este ú otro semejante su desigbio, Zaragoza se hizo el centro y asilo de todos los enemigos y de todos los resentidos ó descontentos del emir. Creyó, no obstante, Ben Alarabi (comunmente Ibnalarabi), que necesitaba el apoyo de un aliado poderoso que le ayudase en sus planes contra el soberano de los musulmes de España. Corria entonces por Europa la fama de los grandes hechos de Carlo-Magno, y á él determinó acudir el ingrato walí. Trasladémonos por un momento á otro teatro para comprender mejor el interesante drama que se va á representar.

Despues de los célebres triunfos de Cárlos Martell sobre las armas sarracenas, su hijo Pepino el Breve habia extendido su dominacion desde este lado del Loire hasta las montañas de la Vasconia. A su muerte, acaecida en 768, los estados de Pepino se dividieron entre sus dos hijos Karl y Karloman; mas habiendo ocurrido á los tres años (771) la muerte de Karloman, hallóse su hermano Karl, el llamado despues Cárlos el Grande y Carlo-Magno, dueño de toda la herencia de Pepino hasta los Pirineos. Tuvo Carlo-Magno en los primeros años siguientes ocupada toda su atencion y empleadas todas sus fuerzas y toda su política en el Norte del otro lado de los Alpes y del Rhin, peleando alternativamente contra los sajones y contra los lombardos, y oponiendo un dique á las últimas oleadas de las invasiones de los pueblos germanos. Habíanse los sajones sublevado de nuevo en 777; marchó contra ellos el rey franco y los deshizo, y despues de haber implantado, como dice un escritor de aquella nacion, con ayuda de los verdugos la obediencia y el cristianismo en el suelo rebelde de la Sajonia, los emplazó para que compareciesen en el *Campo-de-Mayo* (1) de Paderborn.

Hallábase, pues, Carlo-Magno presidiendo esta célebre dieta en el fondo de la Germania, cuando inopinadamente se presentaron en ella unos hombres cuyos trajes y armaduras revelaban ser musulmanes. ¿A qué iban y quiénes eran aquellos extranjeros que así interrumpian las altas cuestiones que se agitaban en la asamblea? Era Ben Alarabi el walí de Zaragoza, que con Cassim ben Yussuf (2), y algunos otros de sus com-

pañeros iba á solicitar de Carlo-Magno el auxilio de sus armas contra el poderoso emir de Córdoba Abderrahman. No desechó el monarca franco una invitacion que le proporcionaba propicia coyuntura, no solo de asegurar la frontera de los Pirineos, sino también de ensanchar sus Estados incorporando á ellos por lo menos algunas ciudades de España que el disidente musulman le debió ofrecer (3), dado que mas allá no fuesen sus pensamientos de conquistador. Preparóse, pues, para invadir la España en la primavera del año siguiente (778). Dejó aseguradas las fronteras de Sajonia, pasó el Loire, cruzó la Aquitania, juntó el mayor ejército que pudo, y dividiéndole en dos cuerpos ordenó que el uno franqueara los desfiladeros del Pirineo Oriental, mientras él á la cabeza del otro penetraba por las gargantas de los Bajos Pirineos.

Sin tropiezo avanzó el rey franco con todo el aparato y brillo de un conquistador poderoso por San Juan de Pié de Puerto y los estrechos pasos de Ibañeta hasta Pamplona, cuya ciudad, en poder entonces de los árabes, tampoco le opuso resistencia; y prosiguiendo por las poblaciones del Ebro, talando y devastando sus campos, se puso sobre Zaragoza. Gran confianza llevaba el monarca franco de entrar derecho y sin estorbo á tomar posesion de la ciudad. Grande por lo mismo debió ser su sorpresa al encontrar las puertas cerradas y sus habitantes preparados á defenderla. ¿Qué se habian hecho los ofrecimientos y compromisos de Ben Alarabi? ¿Es que se arrepintió de su obra al ver á Cárlos presentarse, no como auxiliar, sino con el aire y ostentacion de quien va á enseñorearse de un reino? ¿O fué que los musulmanes llevaron á mal el llamamiento de un príncipe cristiano y de un ejército extranjero, y se levantaron á rechazarle aun contra la voluntad de su mismo walí? Las crónicas no lo aclaran, y todo pudo ser. Es lo cierto que en vez de hallar amigos vió Cárlos sublevarse contra sí todos los walíes y alcaldes, todas las poblaciones de uno y otro margen del Ebro, y que temiendo el impetuoso arranque de tan formidables masas, tuvo á bien retirarse de delante de los muros de Zaragoza, con gran peso de oro, dicen algunos anales francos, pero con gran peso de bochorno también (4). Determinado á regresar á la Galia por los mismos puntos por donde habia entrado, volvió á Pamplona, hizo demantelar sus muros, y prosiguiendo su marcha se internó en los desfiladeros de Roncesvalles, sin haber encontrado enemigos. Solo en aquel valle funesto habia de dejar sus ricas presas, la mitad de su ejército, y lo que es peor para un guerrero, su gloria.

Dividido en dos cuerpos marchaba por aquellas angosturas el grande ejército de Carlo-Magno á bastante espacio y distancia el uno del otro. Cárlos á la cabeza del primero, «Cárlos, dice el astrónomo historiador, igual en valor á Aníbal y á Pompeyo, atravesó felizmente con la ayuda de Jesucristo las altas cimas de los Pirineos.» Iba en el segundo cuerpo la corte del monarca, los caballeros principales, los bagajes y los tesoros recogidos en toda la expedicion. Hallóse este sorprendido en medio del valle por los montañeses vascos, que apostados en las laderas y cumbres de Altabiscar y de Ibañeta, parapetados en las breñas y riscos, lanzáronse al grito de guerra y al resonar del cuerno salvaje sobre las huestes francas, que sin poderse revolver en la hondonada, y embarazándose su misma muchedumbre, se veían aplastadas bajo los peñascos que de las crestas de los montes rodando con estrépito caian. Los lamentos y alaridos de los moribundos soldados de Carlo-Magno se confundian con la gritería de los guerreros vascos, y retumbando en las rocas y cañadas aumentaban el horror del sangriento cuadro. Allí quedó el ejército entero; allí todas las riquezas y bagajes; allí pereció Egghiard, prepósito de la mesa del rey; allí Anselmo, conde de palacio; allí el famoso Roland (5), prefecto de la Marca de Bretaña; allí, en fin, se sepultó la flor de la nobleza y de la

(3) «Entonces el rey, dice su mismo secretario y cronista Eginhard, concibiendo á persuasion del mencionado sarraceno la esperanza de tomar algunas ciudades en España... *Tunc rex persuasione predicti sarraceni, etc.*» Eginh. Annal.

(4) Annal. Metens.—Id. de Aniano.—Id. de Eginhard. ad. an. 778.

(5) El Roldan de nuestros romances, *Hernodlund*.

(1) Nombre que daban los francos á las asambleas semi-religiosas, semi-militares de la Germania, por haber Pepino trasladado al mes de mayo los antiguos *Campos de Marte*. Mas tarde se llamaron *dietsas, estados generales, cámaras, etc.*

(2) Aquel tercer hijo de Yussuf el Fehri, que cuando el ejército de Abderrahman tomó á Toledo se habia fugado de la ciudad salvándose á nado. (Cap. IV de este libro.)

caballería francesa, sin que Carlos pudiera volver por el honor de sus pendones ni tomar venganza de tan ruda agresión (1).

Tal fué la famosa batalla de Roncesvalles, como la refiere el mismo secretario y biógrafo de Cárlo-Magno que iba en la expedición, desnuda de las ficciones con que despues la embellecieron y desfiguraron los poetas y romanceros de la edad media de todos los países (2). Por muchos siglos siguieron enseñando los descendientes de aquellos bravos montañeses la roca que Roldan, desesperado de verse vencido, tajó de medio á medio con su espada, sin que su famosa Durindaina ni se doblara ni se partiera; aun muestran los pastores la huella que dejaron estampada las herraduras del caballo de aquel paladin; aun se conservan en la Colegiata de Nuestra Señora de Roncesvalles, fundada por Sancho el Fuerte, grandes sepulcros de piedra, con huesos humanos, astas de lanzas, bocinas, mazas y otros despojos que la tradicion supone pertenecientes á aquella gran batalla.

Entre los cantos de guerra que han immortalizado aquel famoso combate, es notable por su enérgica sencillez, por su aire de primitiva rudeza, por su espíritu de apasionado patriotismo, de agreste y fogosa independencia, el que se nos ha conservado con el nombre de *Altabizaren cantua*, que abajo ponemos en el antiguo idioma vasco, y de que damos aquí una imperfecta traduccion.

«Un grito ha salido del centro de las montañas de los Eskaldunacs: y el Etchecho-Jauna (el caballero hacendado, el señor de casa solariega), de pié delante de su puerta, aplicó el oído y dijo: ¿qué es esto? Y el perro que dormía á los piés de su amo se levantó, y sus ladridos resonaron en todos los alrededores de Altabiscar.

«Un ruido retumba en el collado de Ibañeta: viénesse aproximando por las rocas de derecha é izquierda; es el sordo murmullo de un ejército que avanza. Los nuestros le han respondido desde las cimas de las montañas; han tocado sus cuernos de buey, y el Etchecho-Jauna aguza sus flechas.

«Que vienen! ¿que vienen! ¡Oh qué bosque de lanzas! ¡Qué de banderas de diversos colores se ven ondear en medio! ¡Cómo brillan sus armas! ¡Cuántos son? ¡Mozo, cuéntalos bien! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte.

«Veinte, y aun quedan millares de ellos! Seria tiempo perdido quererlos contar. ¡Unamos nuestros nervudos brazos; arranquemos de cuajo esas rocas; lancémoslas de lo alto de las montañas sobre sus cabezas: aplastémoslos, matémoslos!

«¿Y qué tenían que hacer en nuestras montañas estos hijos del Norte? ¡Por qué han venido á turbar nuestro reposo? Cuando Dios hizo las montañas, fué para que no las franquearan los hombres. Pero las rocas caen rodando, y aplastan las haces; la sangre corre á arroyos; las carnes palpitan. ¡Qué de huesos molidos! ¡qué mar de sangre!

«Huid, huid, los que todavía conservais fuerzas y un caballo! Huye, rey Cárlo-Magno, con tus plumas negras y tu capa encarnada. Tu sobrino, tu mas valiente, tu querido Roldan yace tendido allá abajo. Su bravura no le ha servido de nada. Y ahora, Eskaldunacs, dejemos las rocas, bajemos aprisa lanzando flechas á los fugitivos.

«Huyen, huyen! ¡Qué se hizo aquel bosque de lanzas? ¡Dónde están las banderas de tantos colores que ondeaban en medio? Ya no despiden resplandores sus armas manchadas de sangre. ¡Cuántos son? Mozo, cuéntalos bien. Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, catorce,

(1) Eginh. Annal.—Id. Vit. Karol. Magn.—Conde, cap. 20.

(2) ¿Quién no conoce la famosa crónica del obispo Turpin, las prozas de Roldan y de los doce pares de Francia, las hazañas de Bernardo del Carpio, y los mil romances, canciones y leyendas á que ha dado argumento aquella famosa batalla, incluso lo de:

Mala la hubistes, franceses,  
en esa de Roncesvalles,

que el inmortal Cervantes llegó á poner como el romance mas popular en boca de un Labrador del Toboso!

trece, doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro tres, dos, uno.

«Uno! ¡Ni uno siquiera hay ya! Se acabaron. Etchecho-Jauna, ya puedes retirarte con tu perro, á abrazar tu esposa y tus hijos, á limpiar tus flechas, á encerrarlas con tu cuerno de buey, á acostarte despues y dormir sobre ellas.

«Por la noche las águilas vendrán á comer esas carnes machacadas, y todos esos huesos blanquearán eternamente (3).»

El escarmiento de Roncesvalles aleccionó á Cárlo-Magno y le enseñó á abstenerse de traspasar unas fronteras tan ostensiblemente por la naturaleza trazadas, así como le sirvió para procurar la mejor defensa de aquel natural baluarte por la parte que miraba á sus Estados, encomendando su guarda á

### (3) Attabizarem cantua

Oiubal aitua izauda  
Escualdunen mendeien artelic;  
Eta etchecho-jauna, bere atiaren aiticinian chutic,  
Idekitu beharriac, eta errandu: norda hor? ¡Cer nahi dantel!  
Eta chacurra bere nauziaren cinetan lo zaguena;  
Alt chatuda eta carasiz Altabizaren ingurmiaic beteditu.  
Ibanetaren lephuan harabostbat agercenda;  
Hurbilcenda, arrokac ezker eta esquin iocendi tuic lazic.  
Horida urrundic helduden armada baten burrumba.  
Mendiien capete taric gurice erpuerta emandiote.  
Bere tunten seinuia adiaacinte:  
Eta etchecho-jaunac bere dardac chorosh tentu.

¡Herdurida! ¡herdurida! ¡Cer lantzazco sasía!  
¡Nola cernahi colorezco banderas hoi en erdian agertcendiren!  
¡Cer sinuitac at heratcendiren hoi en armetaric!

¡Ceubat dira! ¡Haurza, condaitcac ongi!  
Bat, biia, hirur, laii, bortz, sei, zatzpi, sortzi, bederatzí, hamar, hameca, hamabi,  
Hamahirur, hamalái, hamabort, hamasei, hamazazpi, hemezortzi, hemeretsi, hogoi.

¡Hogoi eta mila oraino!  
Hoiien condatcia denbora, gasteia litake.  
Hurbildet zagan gure beso zai lac, errotic alherabet zagan arroca horice,  
Botha detzahun mendaren petharra behera  
Hoiien buruen gainezaino.

Leherdet zagan, herioaz oidezagun.  
¡Cer nahizuten gure medietaric norceco gizon horice!

¡Certaco iendira gure baikiaren maasterat!  
Jaungoicoa mendiac endituiemar, nahi izandu hec gizeone ez pasatzia  
Bainan arrohac biribicoilca eroztecendira tropac leher candituzte.  
Odola currutan badoha, haragi puscac dardaran dande.  
¡Oh! ¡ceubat hecur carrascac huac! ¡Cer odolesco itsasua!

Escapa, escapa indar eta zaidi dituenienac.  
Escapa hadi. Carlomagno errege, hire luna beltcekin eta hire capa goría  
rekín.

Ire iloba maitia Rolan zangarraha ha utchet hila dago.  
Bere cangarthasuna ieretaco ez tuizan  
Eta horai, Escualdunac, utdzizagan arrhoca horice.  
Jausgiten fite igordetzakun queredardac escapa tcendiren conto.

¡Baduaci! ¡baduaci! ¡Nunda bada lantzazco sasi hura?  
¡Nun dira hoi en erdian agericiren cernahi colorezco bandera hec?  
Ezta ghiüago simistaric atheraten hoi en arma odolce bethetaric.  
¡Ceuban dira! ¡Haura, condaitcac ongi!

Hogoi, hemeretzi, hemezortzi, hamazazpi, hamazei, hamabortz, hamalái, hamahirur,  
Hamabi, hameca, hamar, bederatzí, zortzi, zatzpi, sei, bortz, laii, hirur, biia, bat.

¡Bat! Ezta bihiric ageri ghiüago.  
¡Akhboda! Etchecho-jauna, inaiten ahalceia zure Makurraekin,  
Zure emaziaren, eta zure haurren bezarcat cecat,  
Zure darden garbitcerat, eta altchaterat, zure tuntekin, eta gero heien gainian et zatzat eta lociteat.

Gabaz archanuac ienendira haragi pusca leherta horien iaterat  
Eta hezur horice oro zuritu codira eterniteatan.

Este bello canto de guerra en lengua euskara, cuya tradicion aun se conserva entre los habitantes de los Pirineos donde pasó la batalla de Roncesvalles á que alude, hállase en el Recueil de M. J. Michel, Chansons de Roland, appld. pág. 226, y en el Journal de l'Institut historique, tom. 1, pág. 176.—El Altabizar es una colina que domina el vallado de Roncesvalles.

sus mas fieles condes, abades y leudes, y poniendo la Aquitania bajo una vigorosa organizacion militar que la conservase al abrigo de una invasion por parte de los árabes ó de los montañeses vascones (1).

Despues de la desastrosa retirada de Cárlo-Magno, Zaragoza fué teatro de nuevas turbulencias entre los caudillos musulmanes enemigos de Abderrahman. Hussein ben Yahia, el Abassida, habia hecho asesinar á Ibnalarabi, provocado una reaccion contra los malos musulimes, que habian llamado al rey de los cristianos *Karilah*, y proclamádose emir independiente de la España Oriental. Los partidarios de Ibnalarabi, incluso su hijo Issum, igualmente que los parciales del emir de Córdoba, habian tenido que refugiarse á los valles de los Pirineos y á la Septimania, huyendo de la comun persecucion de Hussein. La traicion de Ibnalarabi y la invasion de Cárlo-Magno habian conmovido menos á Abderrahman que la noticia de haberse enarbolado de nuevo en Zaragoza el aborrecido pendon de sus eternos enemigos los Abassidas, y desde luego acudió con gran golpe de gente contra la sublevada ciudad. Costó esta vez la rendicion de Zaragoza dos años de obstinado sitio, al cabo de los cuales, cansado Hussein y agotados todos sus medios de defensa, se sometió á Abderrahman, dando al vencedor en rehenes sus hijos (780). El valeroso Omniada, restablecida su autoridad en Zaragoza, pasó á Pamplona, que desmantelada de murallas dos años antes por Cárlo-Magno, no pudo oponerle resistencia alguna; desde allí prosiguió á visitar el país vecino á Roncesvalles, teatro de las glorias de los montañeses vascones, pero sin atreverse á penetrar en aquellas terribles gargantas en que tan duro escarmiento habia hallado un príncipe cristiano, no menos esclarecido y poderoso que él; despues, cruzando de nuevo el Aragon, y reducidos á la obediencia los walíes y alcaldes de las ciudades y villas de aquellas inquietas comarcas, pasó á Gerona, Barcelona y Tortosa, y asegurada al parecer la tranquilidad en estas no menos turbulentas tribus, regresó á su residencia habitual de Córdoba, satisfecho de dejar sometidos á su dominacion los valles del Ebro y las tribus y ciudades de las vertientes de los Pirineos.

Pero destinado estaba el ilustre fundador del imperio árabe de Occidente á pasar una vida desasosegada y zozobrosa. Veinticinco años se contaban desde su arribo á la Península, y apenas habia podido gustar algunos momentos de reposo. Vencedor de cien rebeliones, tantas veces reproducidas como sofocadas, parecia que sus enemigos de dentro y fuera se habian propuesto proporcionarle ocasiones de ganar gloria, aunque á costa de inquietudes y peligros. Aun no habia trascurrido un año de la sumision de Zaragoza cuando se vió tremolar otra vez la bandera de la rebelion en el seno mismo de la Andalucía (781). El otro hijo de Yussuf el Fehri, aquel Abul Asuad, á quien en 763 dejamos recluido por orden de Abderrahman en un torreón de los muros de Córdoba, acababa de evadirse de la prision, y era el que habia alzado de nuevo el estandarte rebelde de los Fehries. Las circunstancias de su evasion merecen ser referidas.

Los primeros años de su cautiverio habia sido custodiado con toda rigidez, porque el bando de los Fehries era todavia fuerte y hacia necesaria toda precaucion. Mas al paso que se disipaban los temores de nuevas revueltas por parte de aquella parcialidad indócil, habia ido aflojando el rigor de los guardas y carceleros, y disminuyendo poco á poco su vigilancia y cuidado. No era, sin embargo, esta tan escasa que hubiese podido Abul Asuad realizar su fuga en dos ocasiones que la intentó. Entonces apeló á un ardíd, tan ingenioso como de paciencia grande y de ejecucion difícil. Un dia habiéndole sacado á que gozase de la luz del sol, fingió en aquel momento quedarse ciego, y lo fingió con tal propiedad y lo sostuvo con tal perseverancia que llegaron todos á persuadirse de ser una realidad su ceguera. Con este motivo fuéronsele

(1) No es posible formar una idea medianamente exacta de estos sucesos por la historia de Mariana. En el cap. 11 del lib. VII, que titula: *Como Cárlo-Magno vino en España*, altera fechas, refiere fábulas, supone hechos, ni probados ni verosímiles, añade dos ó tres venidas de Cárlo-Magno que no hubo, confunde épocas, y confunde tambien al lector, que debe mirar como no existente dicho capítulo.

ensanchando los límites de la prision; permitiábase bajar á los aljibes, y á las salas bajas del baluarte que daban al río, y cuyas ventanas ofrecian fácil salida; dejábasele hasta dormir en aquellas piezas en las noches del estío. En este estado habia tenido ocasion de comunicar su proyectó á algunos parciales de su familia que acudían á verle, y de concertar con ellos los medios de ejecucion. Así fué que una tarde de verano, aprovechando la hora y sazon de estarse bañando las gentes en el Guadalquivir y distraídos en otrós negocios sus carceleros, se descologó de repente por una de las ventanas bajas de la escalera de las cisternas, pasó á nado el río, y cuando se halló del otro lado tomó un disfraz y un caballo que sus amigos le tenian dispuesto, y se encaminó por sendas desusadas á Toledo, donde ya le esperaban tambien sus adictos, los cuales le proveyeron de todo lo necesario y le facilitaron medios para que pudiese sin peligro pasar á las montañas de Jaen, abrigo de todos los descontentos del emir y de todos los parciales del antiguo y pertinaz partido de los Fehries.

Quando el emir supo la evasion del creido ciego exclamó: «Temo mucho que la fuga de este ciego nos haya de causar no poca inquietud y efusion de sangre.» En efecto, ya entonces se hallaba Abul Asuad al frente de seis mil hombres posesionado de las sierras de Segura y de Cazorla, mientras su hermano Cassim, el fugado de Toledo, el compañero de Ibnalarabi, habia reaparecido otra vez como por encanto en la Serranía de Ronda, y reclutaba gente para engrosar las bandadas de Abul Asuad. ¡Admirable actividad y constancia la de los hijos de Yussuf, solo comparable á la de su padre! Noticioso el emir de esta novedad partió de Córdoba á la cabeza de su caballería, y dió órdenes á diferentes walíes para que se le incorporasen con sus respectivas huestes. Encastillados los rebeldes en las breñas de Cazorla, sostuviéronse por espacio de tres años haciendo la guerra de montaña, la mas á propósito para rendir de fatiga y sin resultados las tropas del emir. Impacientado ya este y ardiendo en deseos de terminar de una vez lucha tan prolongada y fatigosa, hizo un llamamiento general á todas las tribus, y congregados todos los hombres útiles de guerra, dispuso una batida simultánea en las asperezas en que se abrigaban los rebeldes, resuelto á no dejar un enemigo á vida. Abul Asuad de results de este ojeo reconcentró su gente en Cazorla. Aconsejábanle allí unos que implorase la clemencia del emir, seguro de que seria acogido con benigüidad, otros que aceptara la batalla y en lo mas recio de ella se pasara al campo enemigo donde seria recibido con benevolencia. Desechó altivamente el Fehri una y otra proposicion como innobles, y prefirió aventurar el todo por el todo en un combate. Y así fué que forzado á aceptar la pelea en los campos de Cazorla, sus indisciplinadas bandadas, buenas para la guerra de montaña, de sorpresa y de rapiña, pero poco á propósito para una batalla campal, fueron pronto acuchilladas y deshechas por los escuadrones regulares y aguerridos de Abderrahman. Muchos se ahogaron en las aguas del Guadalimar; otros se retiraron á sus casas; Hafila, uno de los bandidos mas antiguos, huyó á sus conocidas montañas de Jaen; Cassim pudo retirarse á la Serranía de Ronda, y Abul Asuad escapó desaporido con unos pocos por Sierra Morena á Extremadura y el Algarbe. Mas de cuatro mil hombres habian quedado en el campo (784).

Vióse Abul Asuad acosado en tierra extraña por los walíes de Beja, de Alcántara y de Badajoz: abandonáronle sus compañeros; y solo errante noche y dia por bosques y cuevas, como hambriento lobo, dice un autor arábigo, derrotado y miserable entró en Coría, donde estuvo oculto algun tiempo: precisado á volver á salir de allí, continuó errante de bosque en bosque, apagando su sed en los arroyos, y pidiendo limosna á los transeuntes: por fin, descalzo y andrajoso, desfigurado con los trabajos, entró en Alarcon, pueblo y fortaleza de Toledo, donde recibió la hospitalidad del desvalido, y á poco tiempo una muerte oscura puso fin á sus infortunios. Tal fué el lamentable fin del hijo mayor de aquel Yussuf, enemigo implacable de Abderrahman. Habíase fingido ciego en la prision, y solo recobró la libertad y la vista para gozar de la libertad de las fieras del bosque y del espectáculo de su negra desventura.